



PROGRAMA 8

Llega a su final la Tercera Temporada 2016 de la OFUNAM con su serie integral de las Nueve Sinfonías de Beethoven, que marca un hito maravilloso pues será una de las contadas ocasiones en que se interpretaron en México, en una sola temporada, estas obras emblemáticas de un compositor, de un género.

¿UTOPIA DE LA FRATERNIDAD HUMANA O REALIDAD MUSICAL?

Por supuesto, en el mundo sinfónico de LUDWIG VAN BEETHOVEN no hay mayor culminación que la Sinfonía núm. 9 en re menor opus 125, *Coral*, conocida así por su inclusión de un final coral en su último movimiento, algo inédito hasta entonces en el género de la sinfonía. Si bien en un principio no fue considerada la mejor obra sinfónica del autor, pronto fue adquiriendo una mayor relevancia y hasta adquirió después un reconocimiento inusitado, hasta convertirse, incluso, en una música de aceptación política y hasta aceptada como un “himno oficial de Europa”. (Es justo reconocer, de pasada, que en su estreno representó el más grande triunfo popular de Beethoven, independientemente de que él pudiera oírlo).

La Novena Sinfonía de BEETHOVEN es la sinfonía de la trascendencia; de la trascendencia de la música misma, la trascendencia de la estructura sinfónica, trascendencia instrumental, trascendencia política y social, trascendencia de los ideales más sublimes del hombre.

La obra le había sido encargada a Beethoven por la Philharmonic Society de Londres desde varios años antes, para ser estrenada en esa ciudad; al menos en 1822, dicha sociedad le envía a Beethoven un anticipo para que la obra fuera estrenada en los primeros meses de 1823; sin embargo, Beethoven no logró terminarla a tiempo debido a sus constantes problemas de salud y a los múltiples conflictos de su vida personal y familiar. Finalmente, la obra fue concluida en febrero, pero de 1824 y se tuvo que estrenar en Viena. No se tiene la certeza si la Sociedad pagó el encargo en su totalidad. Todo parece indicar que por la fama que ya poseía Beethoven, dicha Sociedad, de reciente creación, le hizo el encargo con la intención específica de ayudar al alicaído Beethoven, así como después, el estreno se realizó gracias al apoyo de sus amigos y admiradores que lo organizaron.

Un Beethoven desilusionado, cada vez más solo e ignorado por quienes le admiraban, apartado incluso de su escasa familia, saca fuerzas de su gran espíritu y crea una obra luminosa, una expresión de confianza, de fraternidad, de amor hacia la humanidad. Beethoven trabajó esta sinfonía por casi diez años; aun antes de que le llegara el encargo de la Sociedad Filarmónica de Londres ya había concebido la idea y escribe en sus cuadernos sobre el texto de Schiller (que en su origen se llamaba *Himno a la*



libertad, como la tituló Leonard Bernstein cuando, tras la caída del Muro de Berlín, interpretó la Sinfonía en esa ciudad.

Es decir, Beethoven ya había concebido poner en música el texto de Schiller, pero no precisamente como un movimiento final cantado de una sinfonía. Ese concepto tan evolucionado para su tiempo llegaría unos años después.

Así como en décadas posteriores Wagner, Bruckner y Mahler, entre otros, compusieron una música adelantada a su tiempo y con grandes dificultades interpretativas para los músicos contemporáneos, también Beethoven creó una música que los músicos de su época y de las siguientes décadas no tuvieron la capacidad técnica para tocarlas y dirigirlas bien, pero también para comprenderla y poder transmitir cabalmente su mensaje.

Hoy vivimos otros tiempos musicales y desde hace poco más de un siglo Beethoven y su Novena Sinfonía estuvieron cada vez más al alcance de los oyentes y los intérpretes. Durante el siglo XIX músicos como Berlioz, Mendelssohn, Nicolai, Spohr y otros fueron notables intermediarios entre la partitura y el público melómano; es posible que Wagner haya sido su intérprete más notable y capacitado.

Para una concepción tan monumental como la de esta gran obra Beethoven sabía que tendría que trascender lo establecido, él, que había sido un visionario iconoclasta casi toda su vida creativa. De ahí que la obra tendría la mayor dotación de una orquesta sinfónica clásica (excluyendo, claro, aquellos experimentos del barroco como los monumentales ejércitos instrumentales convocados por Händel, que, como sabemos, carecían de una conformación equilibrada y armónica): Beethoven pide hasta cuatro cornos, tres trombones, contrafagot, piccolo, además de bombo, platillo y triángulo, percusiones que, con alguna excepción de Haydn, no aparecían nunca en una sinfonía.

Y después... la música... esa grandiosa música.

Desde su Primer Movimiento, con su misteriosa y vaga introducción, de tonalidad imprecisa, casi atonal, de la que poco a poco van surgiendo los temas, como si surgieran de la oscuridad a la luz, para imponerse después con gran poderío. El movimiento está dominado, como casi siempre en sus sinfonías, por un espíritu de lucha, ¿contra el destino? ¿contra todo tipo de fuerzas que se oponen a la felicidad?, espíritu que se alterna con pasajes contrastantes más melódicos.

El Segundo Movimiento nuevamente es un *scherzo*, aunque ahora Beethoven invierte el orden, y este es tal vez el *scherzo* más intenso, casi violento y desenfrenado. Como siempre en la forma clásica, habrá un pasaje central calmado y melódico, antes de ceder de nuevo al vertiginoso ritmo inicial. La belleza del Tercer Movimiento, el adagio más profundo y místico de todas las sinfonías beethovenianas, no conoce paralelo en cualquier música de su tiempo, sólo comparable a los profundos y melancólicos movimientos lentos de sus propios cuartetos de cuerdas. El complejo movimiento tiene dos temas que se desarrollan en variaciones alternadas y entrelazadas.

Si el Tercer Movimiento nos deja con una sensación de paz espiritual, al menos el inicio del inigualable El Cuarto Movimiento irrumpe con una violencia desatada; en

un toque de genial imaginación, desarrolla el recurso de recuperar el tema principal de los movimientos anteriores, interrumpiéndolos con el violento ritmo de la introducción. Finalmente, aparece el tema esperado: una melodía que no se parece a ninguna escuchada hasta entonces y que va desarrollándose desde la oscuridad de los contrabajos y violonchelos, hasta adquirir gran fuerza y solemnidad: es el Himno a la alegría en su mayor concepto instrumental; después alcanzará su máxima expresión cuando lo entone el coro en el momento más emotivo y brillante del extenso y elaborado pasaje coral. Las voces humanas aparecen con un impactante llamado del bajo: “¡Amigos. Entonemos otros cantos! ¡Alegría! Bella chispa divina... todos los hombres se hermanan donde tus suaves alas se posen...!”

Schiller y Beethoven cantan a la Alegría como símbolo de un abrazo fraternal entre los hombres. Y para ello, como ya se ha expresado, el compositor hizo la música más sencilla, pero también más exaltada y emocionante, la más alegre pero también más solemne y luminosa. Sin duda también un himno de expresión religiosa, de profundidad mística: “Os abrazo, millones de seres! ¡Este beso es para el mundo entero!” El júbilo de la sección final es desbordante, extrovertido, prácticamente como ninguna otra música de Beethoven, como ninguna otra música anterior o posterior al más sublimado de los compositores.

¿LUNÁTICA? ¿...DE LUNA?

ENRICO CHAPELA es el compositor mexicano cuya obra alternará con la Novena Sinfonía de Beethoven en este programa final de la Tercera Temporada. Por una parte, resulta un cierto enigma el carácter de esta música y el sentido de su título, pero por otra, sabemos que en la música de CHAPELA siempre podemos esperar gran imaginación, un humor a veces corrosivo, un deslumbrante sentido de la sonoridad y de la instrumentación y una invención iconoclasta. *Lunática* no será la excepción y recordemos que este año y para celebrar los 80 años de la fundación de la OFUNAM y los 40 años de la construcción de la Sala Nezahualcóyotl, la UNAM encargo tres obras sinfónicas a sendos compositores mexicanos, para que se estrenaran, respectivamente en cada temporada. La obra *Lunática* de ENRICO CHÁPELA será la obra correspondiente a la Tercera Temporada, en el programa final del año.

Como de costumbre, en conciertos el sábado 17 de diciembre a las 20:00 horas y el domingo 18 de diciembre a las 12:00 horas, en la SALA NEZAHUALCÓYOTL.

Y por supuesto, no olviden que el 14 y el 15 de enero regresa la OFUNAM con nuevos bríos, recibiendo a su nuevo director artístico, MASSIMO QUARTA, en otra temporada excepcional de la que pronto les daremos detalles.

Hasta entonces y mientras les deseamos las mayores alegrías personales y familiares en las próximas fiestas navideñas y en el próximo año 2017.

Luis Pérez Santoja.